

Dios Envió a Su Hijo | Gálatas 4:1-7

*“Ahora bien, digo: mientras el heredero es niño, en nada difiere de un esclavo, aunque sea señor de todo; sino que está bajo tutores y administradores hasta el tiempo señalado por el padre. Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los elementos del mundo; pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la **adopción de hijos**. Y por cuanto sois hijos, Dios ha enviado el Espíritu de su Hijo a vuestros corazones, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también **heredero de Dios** por medio de Cristo” (Gál. 4:1-7).*

*“Dios envió a su Hijo,” “nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley.” Como hemos visto abundantemente, estar **bajo la ley** es estar bajo el dominio del pecado. Y así son todos los hombres por sí mismos, porque “*todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios,*” y “*todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley: para que toda boca se cierre y todo el mundo sea hallado culpable delante de Dios*” (Romanos 3:19).*

Ahora bien, es a estas personas, que están bajo el pecado, que están bajo la maldición, que están condenadas a muerte porque “*la paga del pecado es muerte*”; —a ellas fue a quienes Dios envió a su Hijo para **redimir**. Y para redimirlas, fue necesario que en todo fuese “*hecho semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para hacer propiciación por los pecados del pueblo*” (Hebreos 2:17). Por lo tanto, para poder encontrarse con los hombres justo donde los hombres están y ser un **Libertador completo**, él mismo vino a los hombres donde están, y se hizo semejante a los hombres donde están. Por lo tanto, incluso fue hecho pecado. (2 Corintios 5:21).

Él tomó el lugar del **transgresor**: se hizo carne, tal como lo es el transgresor: fue hecho pecado, tal como el transgresor es pecado: llevó los pecados de los hombres, “*porque Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros*” (Isaías 53:6). Él tomó la condena, porque los pecados del transgresor le fueron **imputados**. Y, en cuanto al transgresor mismo, la conciencia del pecado va acompañada de la conciencia de culpa y condena; así que cuando estos pecados le fueron imputados a quien no conoció pecado, fue el pecado mismo, con su sentido acompañante de culpa y condena. Él llevó la maldición, porque el pecado trae la maldición; y llevó la maldición incluso hasta la muerte, porque el pecado trae la maldición incluso hasta la muerte.

Así, “*Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición*” (Gálatas 3:13). Así **redime** a los que están **bajo la ley**. Toda la pena, toda la maldición, toda la ira, toda la condena que la ley puede obrar sobre el transgresor recayó sobre él. Y, en el **sacrificio divino** que él así hizo, se entregó todo lo que la ley puede exigir del transgresor. De modo que todo lo que posiblemente pueda interponerse entre el transgresor y Dios es barrido en el sacrificio de Cristo.

En esto, Dios ha **reconciliado al mundo** consigo mismo tan completamente que no puede imputarles sus transgresiones (2 Corintios 5:19); y así se extiende la libertad —**libertad absoluta**— a toda alma en el vasto mundo. Y toda alma puede tenerla, en plenitud y por toda la eternidad, simplemente aceptándola. Y, al aceptar esta **redención** de bajo la ley, toda alma recibe *“la adopción de hijos;”* porque, *“a todos los que le recibieron, a ellos les dio poder [“el derecho, o privilegio” margen] para llegar a ser hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús”* (Juan 1:12; Gálatas 3:26).

Y entonces, siendo hijos de Dios, y *“por cuanto sois hijos, Dios ha enviado el Espíritu de su Hijo a vuestros corazones, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo”* (Gálatas 4:6, 7).

Antes de esta **liberación**, *“estábamos en esclavitud bajo los elementos del mundo.”* Los únicos elementos del mundo que hay, son los elementos del pecado; porque *“todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo”* (1 Juan 2:16). Pero, cuando somos liberados a la **gloriosa libertad** de los hijos de Dios, *“no hemos recibido espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que hemos recibido el Espíritu de adopción,* por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también **herederos**; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:15-17).

“Coherederos con Cristo.” Es decir, todo lo que él tenía recae también sobre cada uno de los otros hijos. La **herencia** no se divide en partes iguales entre todos los hijos, como si fueran herederos iguales. No; toda la herencia pertenece a cada uno de los hijos, porque son **coherederos**. Esto es porque Dios no tiene favoritos entre sus hijos; sino que todo lo que pertenece a uno, pertenece por igual a todos. En consecuencia, todo lo que le corresponde a Cristo el Hijo y heredero recae también sobre todos y cada uno de los demás hijos y herederos. Y esta **maravillosa verdad** Jesús quiere que el mundo la conozca; porque, en su gran oración por todos nosotros, oró: *“Para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado”* (Juan 17:23).

Y, este **hecho maravilloso**: que Dios no tiene favorito ni preferencia entre sus hijos, sino que todos son iguales, y, por lo tanto, que cada alma redimida es, en su estimación, igual a Jesús, y ocupa una posición, y en la recompensa, igual en todas las cosas a Cristo: es este hecho maravilloso lo que hizo que Juan, al contemplarlo, exclamara: *“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios . . .”*

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:1, 2).

[Revista Adventista y Herald del Sábado | 8 de mayo de 1900]